

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8372

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONOS NUMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorente, rue Camartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 3 Octubre de 1889

MI OPINION

sobre el conflicto hispano-marroquí.

De esas habilitas salvajes no me espantan los ultrajes, ni el café sin esencia que toman sus personajes no es de El Barco de Valencia.

Lo extraño es que hayan de ir hoy los buques por la posta satisfacción a exigir, cuando debieran vivir recorriendo aquella costa.

El pabellón paseado por un grande acorazado y una escuadra improvisada, es un alarde gastado que no nos conduce a nada.

Ténganse dos cañoneros un vapor y una goleta todo el año de cruceros, y esos moros pordioseros no nos harán otra treta.

Y en menos de un santiamén les introduzco en la panza ideas de honor y bien y hago del Rif un edén de paz y buena crianza.

Siendo así, me voy al puerto, tomo pase para el charco, me calo un turbante ingerto y cástete un moro tuerto vendiendo café de El Barco.

Benigno Sánchez Bisucón, Representante general para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia de los acreditados chokolates y cafés de El Barco de Valencia.

Recomendaciones.—Quitar el del de Baza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

GUERRA A LA GUERRA.

Está muy próximo el fin del siglo XIX, ese siglo tan ponderado por los inventos, por los adelantos, por la industria y por la cultura.

Pero a lo último del siglo XIX, después de tanto inventar y de tanto adelantar y de tanto ilustrarnos, estamos esperando una guerra aquí, y temiendo otra guerra por allá. Sobre todo, por la cuestión de Oriente, se tensa a cada momento.

El siglo XIX no ha sabido, por consiguiente, inventar un medio para suprimir la guerra, no ha sabido adelantar un paso en lo que respecta al modo de arreglar las diferencias entre los hombres, no ha sabido ilustrarnos lo suficiente para que usemos siempre de la razón con que Dios nos dotara.

El siglo XIX ha borrado algunas manchas de la humanidad llevada ciega; pero no ha podido borrar la mayor de todas.

El siglo XIX ha precipitado el imperio de la razón, exageradamente algunas veces; pero no ha conseguido que no se repita jamás el hecho más irracional que puede cometer el hombre.

En estos mismos momentos se habla de guerra, se prepara la guerra, como se ha preparado la guerra y se preparaba la guerra en tiempo de los babilonios y de los persas y de los griegos y de los romanos.

Y esa guerra, de que ahora se habla y que ahora se prepara, es la guerra entre pueblos privados de los inventos y de los adelantos del siglo XIX; esa guerra ha de ser entre pueblos de los más cultos, de los

más civilizados, de los que más han contribuido a los esplendores de la época presente.

Convengamos en que la civilización y la cultura de que tanto alardeamos, son bastante limitadas, bastante incompletas.

Convengamos además en que un siglo en el cual existe todavía la guerra, será un sol por sus luces, pero será un sol también por sus manchas.

Los hombres nos ocupamos generalmente en cosas muy pequeñas, creyendo que son muy grandes, y abandonamos por completo las cosas más grandes creyendo que son muy pequeñas.

Si para toda la humanidad es un oprobio, y por añadidura una pérdida la guerra, ¿cómo es que no se ocupa toda la humanidad en acabar para siempre con la guerra?

Si la razón, la dignidad, la comodidad y los bienes materiales del hombre se destruyen con la guerra, ¿cómo es que el hombre mismo sostiene la guerra?

No es posible que entre todas las naciones haya siempre y en toda conformidad de pareceres. No es posible tampoco evitar en la humanidad los litigios. Pero precisamente para los disencuentros y las disputas se ha escrito el derecho, como para aplicar el derecho se han establecido los tribunales.

Con la razón por guía, con el derecho por norma, con el tribunal por decisor, toda diferencia puede y debe quedar arreglada.

Y cuantos sean hombres tienen que someterse a la razón que inspira, al derecho que regula y al tribunal que falla.

Los que se empeñan en oponerse a la razón, al derecho y a los tribunales, esos no son hombres, no son hombres civilizados, no son hombres propios de una época de adelantos y de progresos.

Pretender que lo que dicen la razón y el derecho no vale, y que vale, en cambio, lo que dice la boca de un cañón, es desatino propio de un loco.

Dar a la fuerza material de las armas más crédito y más sumisión que a la fuerza moral de los derechos y de los deberes, es rebajamiento propio de irracionales.

El hombre es un ser perfectible, y camina por consiguiente, hacia su perfeccionamiento. Debe estar todavía muy lejos de esa dichosa meta, cuando aún no hay ni siquiera señales de que haya de desaparecer la guerra.

Porque si se logran todas las excelencias de que es capaz la especie humana y se quitan todos los defectos de que la humanidad puede adolecer, pero queda la guerra, no se habrá andado en el camino de la perfección sino la mitad.

Siempre se ha considerado la guerra como una plaga, y muchas veces como un castigo. Demagra al hombre, destruye los pueblos y cubre por los suelos, en mil pedruzcos, la obra de muchísimos años, acaso de algunos siglos.

El hombre del siglo XIX, de ese siglo en que se ha dicho, como expresión de la más alta cultura, del más extremado progreso: «Mi patria es el mundo, mi familia

la humanidad»; de ese siglo en que se proclama como un dogma de la razón humana, como una aspiración esencial del espíritu moderno, el principio de la fraternidad universal recurre a la guerra para disputar un poco de terreno, para vengar un agravio que acaso no lo es realmente, cuando la guerra significa la separación de las castas, los odios de los enemigos, la ferocidad de las bestias.

Todos, todos los esfuerzos de los hombres sensatos, todos, todos los esfuerzos de los pueblos cultos deben dirigirse hacia el principalísimo fin de destruir la guerra.

Haya guerra, sí; pero guerra a la guerra.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior.

ZAPATO

Charada

Por comer el todo
Tuve un gran dolor,
Tomé la tercera
Y se me alivió.
Mi dos repetida
Llamaba al señor:
Prima dos mi vida
Y salvamelo.
Si no, me des prima
Por no verlo yo.

J. Martí y Maja.

La solución en el número próximo.

CUATROPELOS

Daniel Cucurucho era un buen chico, en la amplia y legítima acepción de estas palabras.

Una especie de filosofía innata le hacía ver todas las cosas por el prisma más agradable.

(Puesto que hay ideas innatas y sentimientos innatos y creencias innatas, permítanme los sabios que yo invente una filosofía de esa clase, proclamando que existen filósofos desde la cuna y hasta desde el vientre de su madre, si ustedes me apartan.)

Campanar ha dicho que todo es del color del cristal con que se mira.

Por desgracia no siempre es cierto. Yo he mirado con toda clase de lentes un duro de ilegítimo cuño, y siempre ha resultado tan falso como Judas.

Pero a Daniel le sucedían las cosas de otra manera.

Su color predilecto era el verde manzana, por parecerle el rosa de escaso aguante y veía los asuntos enlazados a su existencia por el prisma de la esperanza. A cualquier contrariedad decía:

«Están verdes», y se resignaba filosóficamente esperando que madurasen.

Mas como no hay dicha completa, a Daniel le preocupaba mucho, hasta quitarle el sueño, la falta de densidad de su bigote, ó para que le entendían mejor algunos letrados, lo esencialmente pelado del bigote que llevaba sobre el labio superior, debajo de la nariz.

Y no es porque hubieran empujado a Buenos-Aires los pelos del bigote, sino que le habían nacido muy pocos, uno aquí y otro en la raya de Francia, por más que había acudido a todos los mejores rasuradores, teniendo en

cuenta que la gracia del barbero es sacar patilla donde no hay pelo.

Daniel Cucurucho se hubiera dado por muy satisfecho con que le hubiesen salido las patillas debajo de las narices.

Había llegado a la edad de 26 años sin que su ambición de tener un buen mostacho se realizara nunca.

—Mire usted qué desarrollado está mi Daniel y qué robusto y esbelto, decía su abuela a las visitas. ¿Verdad que es ya un guapo mozo?

—Sí, pero el bigote no le crece, solía constatar alguna indiscreta muchacha, a manera de puñal.

Por esta causa, solo por esta, tenía Daniel un mote, que maldito si le hacía gracia. Le llamaban «Cuatro Pelos», no porque fuese un pelón de esos que muestran sin vestir la mollera.

Debía el apodo a que efectivamente en el sitio conebido no se le notaban más que cuatro pelos, uno en Levante, otro en Poniente y los otros dos con inclinación manifiesta a emanciparse.

Todo lo toleraba Daniel y con todo transigía, menos con que al verle las vecinas se mirasen requebrando, de un modo que quería decir:

—Mirad; por allí viene Cuatro Pelos. Para consolarle de este dolor profundo no le servía de nada la filosofía innata.

¿Cada cuánto es que en este mundo, antes piense y ahora picare y medio, nada tiene virtualidad absoluta?

No le quedaba al joven Cucurucho si el consuelo de contar sus penas sobre un alfiler que a pesar de ser peliagudo, podía excitar la hilaridad ajena por varias razones. Recordaba que un día su padre le había preguntado la causa de su tristeza, mientras se alumbraba las puntas del mostacho, que Daniel contemplaba con envidia, preguntándose la causa de que el derecho de herencia no fuese obligatorio respecto a ese adorno velludo.

—Qué te pasa, hijo mío? habíale dicho con muy cariñoso acento.

—Padre, tengo una nube de tristeza, una nube negra, muy negra.

—Pues, hijo, llévate esa nube a donde debías tener el bigote, y verás como disminuye la falta.

Con esta respuesta lo había aplastado.

Renunció, pues, a tener confidencias bigotudas. Aparte de que no era cosa de celebrar con las gentes un «interview» acerca de su nonnato bigote.

Un día leyó Daniel un periódico tan moral como útil, y hizo esta incisiva advertencia porque no siempre la moralidad produce prosperidad de negocios. El periódico se titulaba «El amigo de las familias». En su sección de recetas maravillosas, encontró una que ni pedrada en ojo de boticario. Servía para obtener bigotes frondosos por pelados que fueran.

Para ello bastaba con una preparación de aceite de rito con romero y hojas de escarola.

Aquella noche no se acostó Cucurucho sin batarse con ese ingrediente diez ó doce veces hasta que el aceite le chorreaba por el labio.

Quedó profundamente dormido, cuando despertó un fuerte dolor, obligándole a dar gritos, que llevaron la alarma a toda la familia.

Era que al olor de la grasa habían acudido los ratones, royéndole la boca.

Los cuatro pelos habían desaparecido con los mordiscos de los roedores.